

# Quinta del cincuenta y siete (XIV)

*José Araújo Balongo*

**P**oco antes de las siete de la tarde de aquel primer domingo de junio de 1958 pulsé el timbre del chalet donde vivía el teniente coronel Benedicto. Me abrió la puerta una morita que supuse —y supuse bien— debía tratarse de una sirvienta. Me preguntó qué deseaba y le contesté que era portador de un sobre para entregar en mano al señor de la casa.

- Espere un momento, por favor —dijo al tiempo que me cerraba la puerta.

Yo iba, como era lógico y reglamentario, uniformado de pies a cabeza de marinero de la Compañía de Mar de Melilla, según podía leerse en la parte frontal de la cinta con letras amarillas sobre fondo negro que rodeaba la base del lepanto, por lo que me dolió que cerrara la puerta mientras esperaba. Luego supe que cumplía órdenes de su señor cuando se tratara de desconocidos; él me lo dijo disculpándose.

Al poco abrió la puerta la misma joven mirándome y diciendo:

- Dice el señor que pase usted; por favor, sígame.

Me condujo a un patio de estilo andaluz con macetas de geranios colgadas en las paredes y arriate alrededor sembrado de rosales de colores rojos, rosas y blancos. Un jazmín trepador se alzaba hasta la lona corrediza que cubría en parte el patio, protegiéndolo del abrasante sol africano.

- Siéntese usted, por favor —dijo la muchacha—. Ahora viene el señor.

Lo hice en una silla de estilo sevillano de las seis que rodeaban la mesa circular, sobre la que había tres periódicos que reconocí: el Telegrama de Melilla, el España de Tánger y el ABC de Madrid. Se estaba bien allí, sentado a la sombra perfumada por el aroma de rosas y jazmines. Sostenía entre mis manos la carta y permanecí atento a la llegada del destinatario, que vino a tardar unos tres minutos.

- Hola —dijo al llegar—, buenas tardes.

Ya yo estaba en pie y en posición de firme.

- A sus órdenes, mi teniente coronel. Se presenta el marinero José Araújo Balongo, portador de una carta para usted.

Le alargué el sobre, volví a la posición reglamentaria y así permanecí apenas unos segundos, el

tiempo que tardó en decirme:

- Siéntate, muchacho, por favor. Ponte cómodo y apea el tratamiento; con que me hables de usted, habida cuenta la diferencia de edad, es más que suficiente.

El hombre aparentaba unos cincuenta años, era alto, delgado, moreno, de pelo negro y liso que peinaba con raya al lado izquierdo. No iba de uniforme; vestía pantalón claro y camisa de un color azul cielo. Calzaba zapatillas de loneta blanca.

- Hombre —dijo mirando el remitente de la carta—; es de mi amigo Pedro Jesús Ramos.

Abrió el sobre y leyó para sí, sonriente, el contenido de la carta. Cuando terminó, dejó en la mesa carta y sobre diciendo:

- Mi amigo Pedro Jesús escribe bien de ti.

- Don Pedro Jesús es siempre muy generoso conmigo.

- Bueno está con el marinero tarifeño. Somos paisanos, ¿sabes? Mi familia tiene todavía casa allí en Tarifa; mis padres van por temporada; yo voy menos. La casa está en la calle San Francisco; es la del portón grande situada algo más arriba del estanco de Pablo Manso según se va desde La Calzada a Santísima Trinidad.

La voz de aquel hombre —para mí, un jefazo— transmitía confianza. Me invitó a café y a pastitas dulces de repostería árabe y de sabor parecido al de los "amarguillos" de Medina Sidonia. Tanto el café como las pastas estaban buenísimos. Al terminar me ofreció un cigarrillo rubio, que acepté, y me preguntó que tal me encontraba en Melilla y en la Compañía de Mar.

- Verá usted, de eso quería hablarle. Melilla es una hermosa ciudad, sin embargo —y perdone que se lo diga—, me resulta incómoda con tantos militares a los que saludar. Además, mis recursos económicos son escasos, y si no tengo, por poner un ejemplo, dinero para el cine o tomar un café, prefiero quedarme en el Cuartel en horas de paseo antes que salir a la calle, pendiente de que no se me escape un superior sin saludarlo.

El teniente coronel me miraba esbozando una

leve sonrisa que me pareció comprensiva. Como permaneció callado cuando me tomé un respiro, continué con otra parrafada:

- Por eso me he atrevido a venir, por si usted pudiera hacerme un favor. Resulta que preferiría ser destinado a un destacamento de los que tiene la Compañía de Mar de Melilla. He intentado solicitarlo, pero me encuentro con el inconveniente de haber sido elegido cabo instructor, lo cual me impide lo que pretendo y debo continuar en Melilla.

- Bueno, bueno –dijo el teniente coronel–. Veremos lo que puedo hacer por ti. Dime qué destacamento prefieres.

- Si es posible me gustaría el de la playa de Alhucemas, si no otro cualquiera con tal de salir de aquí.

- Bien –dijo al tiempo que tomaba nota–. Mañana mismo iré a hablar con tu capitán y ya tendrás noticias más.

Nos despedimos. Me acompañó hasta la puerta, dándome antes de irme un apretón de mano, un golpecito en la espalda y un paquete de Philip Morris. Regresé al Cuartel ilusionado con la esperanza de ver cumplido mi deseo y agradecido por el trato recibido del teniente coronel Benedicto.

Al día siguiente, después de comer y acabado el reparto diario de la correspondencia, un marinero de la oficina vino a buscarme de parte del capitán.

- ¿Pasa algo? –le pregunté con recelo– Por favor, dime lo que sepas.

- Lo único que sé es que ha llegado un teniente coronel preguntando por el capitán, que entró en su despacho y que después el capitán me ha mandado buscarte.

Suspiré con alivio y seguí al escribiente hasta la zona de oficinas. Golpeó suave la puerta del despacho, pidió permiso para entrar y comunicarle al capitán que yo estaba localizado y esperando en el antedespacho.

- Dile que pase.

- Que pases –dijo.

Allí estaba el teniente coronel Benedicto, de uniforme, sentado a la mesa de cara al capitán y de espaldas a la puerta.

- A sus órdenes, mi capitán. Se presenta el marinero José Araújo Balongo que ha sido llamado por usted.

El teniente coronel, sonriente, se volvió hacia mí poniéndose de pie.

- A sus órdenes, mi teniente coronel –dije.

El capitán pidió permiso al teniente coronel para



ordenarme "descanse", a lo que éste accedió con afable agrado. Luego, se dirigió a mí diciendo:

- Pues nada, paisano; que tu capitán te concede muy amablemente lo que me pediste. ¿No es así, capitán?

- Por supuesto, mi teniente coronel.

Les di las gracias a ambos y el capitán me dijo:

- Desde ya está usted destinado al destacamento de la playa de Alhucemas. Le anticipo que el traslado a todos los destacamentos, si no hay contraorden, se efectuará pasado mañana.

Se despedieron los jefes, después de los saludos de rigor, con un apretón de manos. El teniente coronel me dijo que le acompañara, que tenía que darme algo.

A pocos metros de la entrada a la zona de oficinas había aparcado un automóvil militar con chófer, el cual se cuadró al advertir la presencia del superior poniéndose a sus órdenes.

- Por favor –le dijo–, dame un paquete y un sobre que hay en los asientos de atrás.

El chófer así lo hizo.

- Esto es para ti –me dio un paquete entrelargo envuelto en papel de periódico y un sobre en el que, antes de dármele, introdujo una tarjeta de visita con su nombre, dirección y teléfono–. Si necesitas algo más de mí, ponte en contacto conmigo. Me tengo que ir ya; te deseo que Dios y la suerte vayan contigo.

Le di las gracias por todo saludándole según el reglamento; él hizo un gesto afectivo ofreciéndose y dándome un cordial abrazo, al que con timidez correspondí.

Con el paquete y el sobre entré en el comedor a fin de averiguar los contenidos. Desgarrado el envoltorio del paquete me encuentro con un cartón de tabaco rubio de la marca Philip Morris (un cartón, para

quien no lo sepa, contiene diez paquetes de veinte cigarrillos). Mi gran asombro fue al comprobar lo que el sobre contenía. Además de su tarjeta, aparecieron ante mis ojos cinco billetes de veinte duros, ¡quinientas pesetas! Hasta se me saltaron las lágrimas. El teniente coronel Benedicto, con su atento y afectuoso trato, demostraba ser una persona generosa y desprevenida. Guardo de él un inmejorable recuerdo.

Dos días después, en una interminable caravana de camiones militares, fuimos trasladados sobre los mismos y al descubierto, sin baca que nos protegiera del solazo, los destinados de distintos cuerpos de ejército a los destacamentos de Alhucemas y Peñón de Vélez de la Gomera. La carretera, sin asfaltar, era peor que un camino de carretas por donde daban tumbos los sobrecargados camiones. Había más curvas que rectas y más subidas que bajadas por aquella zona abrupta de las montañas del Rif. La caravana emprendió la marcha a las diez de la mañana y, los destinados a Alhucemas, llegamos pasadas las cuatro de la tarde sin haber comido nada en el camino, empapados en sudor nuestros uniformes de faena, los pies ardiendo dentro de las botas y el pelo chorreando bajo el lepanto con el que nos protegíamos del sofocante sol africano. Fueron seis horas de insufrible traqueteo en un viaje inolvidable en el que temimos en más de una ocasión que algún camión volcara.

Los compañeros veteranos a los que íbamos

a relevar estaban preparados en una explanada terriza a espaldas del cuartelillo, todos con el armamento, el corraje, la munición y los arcones dispuestos, porque el mismo camión que nos trajo a nosotros había de llevarles a ellos al Cuartel de Melilla. De manera que nada más bajarnos subieron al vehículo y como una media hora después emprendieron el viaje. Un sargento nos indicó que le siguiéramos, con toda la impedimenta a cuestas, hasta la entrada del dormitorio asignándonos a cada uno, al buen tuntún, el camastro correspondiente e indicándonos el lugar del armero donde depositar el mosquetón y las alcayatas en que colgar los corrajes con las cartucheras de la munición. El arcón, al igual que en Melilla, debajo del camastro.

Yo, en cuanto acabé, le pedí permiso al sargento para darme un baño en la mar. Me miró, dudó unos segundos, y dijo que sí. Otros compañeros –no todos– se apuntaron, los demás prefirieron irse directo a la ducha. Nada más bajar el escalón de entrada pisamos la arena de la playa. Cerca de la orilla, me desnudé, quedándome en pantaloncillo de deportes que llevaba puesto. Sin pensarlo dos veces me zambullí en el agua y aguanté bajo ella el tiempo que me permitieron los pulmones. No nadé; flotando, hice "el Cristo", con los brazos abiertos y los pies juntos, percibiendo una sensación relajante de merecido descanso.

(continuará)

## Boletín de Suscripción

Les pido que a partir de la fecha me suscriban gratuitamente a la revista **ALJARANDA** y la dirijan a la siguiente dirección:

Apellidos: \_\_\_\_\_ Nombre: \_\_\_\_\_

Domicilio: \_\_\_\_\_

Población: \_\_\_\_\_ Código Postal: \_\_\_\_\_

Provincia: \_\_\_\_\_

Fecha: \_\_\_\_\_

Manden este Boletín de Suscripción (o fotocopia del mismo) a la siguiente dirección:  
 Revista **ALJARANDA**, Servicio de Suscripciones. c/ Amor de Dios, nº 3. 11380 Tarifa  
 o bien solicite la suscripción al correo electrónico:  
[cultura@aytotarifa.com](mailto:cultura@aytotarifa.com)